

LA POLÍTICA ESTUDIANTIL: RESISTENCIAS Y NUEVAS EXPERIENCIAS DE PARTICIPACIÓN

MATÍAS ALLENDE¹

La idea de que la participación estudiantil es un fenómeno que atraviesa un momento complejo y que es preciso conocer sus causas e implicancias para la vida universitaria, ha movido a la Dirección de Asuntos Estudiantiles, durante el transcurso del segundo semestre del 2018, a entrevistarse con diferentes estudiantes, organizaciones y representantes del estamento. La entrevista como método, se dispone para recorrer los caminos de la política universitaria y recoger opiniones y miradas, respecto de la representatividad y la participación. Al final del periplo, esperamos haber “tomado el pulso”, al menos parcialmente, a la vida estudiantil y las dimensiones implicadas en ello. Mientras tanto, nos aventuramos a presentar algunas aproximaciones rescatadas de las citas concretadas hasta ahora, con diferentes estudiantes de nuestra Facultad.

Las voces que emergen de cada una de las entrevistas, se unen mediante factores comunes. El principal punto de convergencia es el diagnóstico de que la política estudiantil vive una profunda crisis. La baja participación, la desconfianza y la escasa representatividad por parte de las plataformas políticas formales, son síntomas de que algo no anda bien. El ejemplo más claro y general: una Federación Estudiantil tensa, deslegitimada, preocupada del panorama público y desconectada de la

realidad local estamental (gremial), que se ve en la obligación de repensarse. Para atender esto último; un Congreso FECH orientado a analizar, romper y diseñar una nueva orgánica. Sin embargo, parece ser, que la iniciativa se ve afectada por los mismos males: baja participación, diferencias intransables entre “piños” políticos, desinterés del estamento en general por el proceso, entre otros.

En el plano local, la participación y la vida política atraviesan un panorama no muy distante del general. La exigente carga académica a la base, sumada a muchos otros posibles factores (socioeconómicos, familia, capital cultural, salud mental, etc.) acotan los tiempos y las posibilidades de que los/as estudiantes logren organizarse y ser sujetos/as políticos/as activos/as. Bajo este panorama, la persona que estudia y/o que además cuente con alguno de los factores descritos anteriormente, no tiene más alternativa que resistirse o, de plano, restarse de la participación en los canales políticos formales. Más difícil es si consideramos que ser parte de la política formal de la Universidad, coloca por condición que el/la estudiante sea militante de algún partido político (piño), maneje el lenguaje “politiquero”, conozca y sea capaz de soportar las mañas del sistema y disponga de tiempo y energías para asistir a reuniones y asambleas.

Este modelo, por excluyente, poco representativo y criticado que esté siendo, no solo se resiste a cambiar, sino que maneja los controles de cómo se vive y se hace la política en nuestra Universidad.

¹ Antropólogo Social. Coordinador área comunidad y organizaciones, Dirección de Asuntos estudiantiles, FACSU.

Las opiniones que apuntalan esta temática, detallan además que la “Política Tradicional”, asociada al partidismo y a la institucionalidad estamental, ha tomado la forma de una maquinaria pesada, densa, violenta, explotadora... patriarcal. Aquí no se aceptan llorones/as ni débiles. En las asambleas no se discute, ni se busca el consenso, sino que se pelea y se grita para que las opiniones logren imponerse por sobre las de las/os compañeros/as. En tanto, el ser humano y su subjetividad pasan a segundo plano... no importan. De la misma manera, las plataformas que sostienen el ejercicio político, me refiero a los piños y las orgánicas de representación, son criticadas y declaradas obsoletas, pues se consideran excluyentes y despersonalizantes. El patriarcado parece haber llegado hasta aquí también, y ha logrado instalarse en el método y en la forma en que se ha respirado la política estudiantil hasta hoy. Dirigida a competir, explotar, subyugar, pelear, invisibilizar, exigir dureza y dominio absoluto de la racionalidad, la política estudiantil parece resistirse a abrir nuevas sendas de participación.

Desde un ángulo particular, la innovación y el atrevimiento a hacer las cosas desde otra lógica, bajo otros principios y métodos, constituye también una forma de hacer resistencia. Cuestionar, romper y crear en contra de la hegemonía, es igualmente un modo de resistir. En este sentido, soñar y probar nuevos estilos de ser parte, constituyen acciones que desafían a la política tradicional. Organizaciones prestas a favorecer la socialización, permeables a aceptar la coexistencia entre la valoración por la persona y el quehacer político, aparecen en el discurso de los/as entrevistados/as, como iniciativas que performan la participación en un formato distinto; más inclusivo y ameno.

En esa línea, la nueva propuesta articula grupos humanos en torno a temas específicos. El colectivo se conforma en base a intereses comunes y objetivos políticos determinados por la afectación subjetiva a algún tópico particular. Desde ese plano, buscan abrirse a la creación de instancias orientadas a favorecer espacios de encuentro, lazos y relaciones basadas en la confianza, sin descuidar el horizonte político que guía su trabajo. Al preguntar por los orígenes de esta nueva forma, encontramos

respuestas en el hastío por la política tradicional y referencias teóricas y metodológicas directas en la experiencia vivida durante las movilizaciones feministas de este año.

Aparentemente, la dinámica interna de la Toma Feminista llevada adelante durante el primer semestre de 2018, sometió a revisión el modo clásico de hacer política en la Universidad. Junto a ello, la disposición a innovar en distintos ordenes y niveles, propuso un giro en el modelo. En palabras de quienes estuvieron movilizadas, la empatía con la compañera (sororidad), validando su historia particular/subjetiva, permitió engranar la vivencia propia con una potente lucha común. Los métodos; las asambleas y el modo de hacer asamblea se sometió a revisión. Se cuestionó la violencia y el colectivo actuó como red que protegía las diversas opiniones de las compañeras. Debatieron haciendo consciente el respeto, pues lograron darse cuenta que la pelea, la imposición de la palabra, la sobre valoración de la oratoria y el argumento racional son también productos del patriarcado. Se buscó escuchar y llegar a la opinión de todas, por lo que se diseñaron nuevos dispositivos metodológicos (como la discusión en grupos pequeños) para asegurar la palabra de cada una y evitar que otras sobrerrepresentaran intereses.

Muchos elementos de este cuerpo de valores y métodos son aprendizajes y resultados, que se han comenzando a colocar en rodaje por aquellas organizaciones que se resisten a hacer política por la vía tradicional. Con ese espíritu, se plantean desde otro lugar y se atreven a crear y a incorporar otras dimensiones humanas al ejercicio. Así por ejemplo, podemos nombrar experiencias de orgánicas estudiantiles que, antes de comenzar sus reuniones, responden uno/a a uno/a, a la pregunta: ¿cómo estás?. En este sentido, la práctica da espacio a que la fragilidad de lo subjetivo pueda también tener un lugar legítimo. Desde este plano, las experiencias que buscan diferenciarse y se resisten a hacer política al estilo tradicional, abrazan el carácter inclusivo de la organización. Se posicionan como familias e instancias de apoyo, que no solo hacen más sana la participación estudiantil, sino que también, dotan de contenido a una red que soporta y facilita el paso del/la estudiante por la Universidad.